

pero cuando se pronuncia delante de los que en su tiempo conocían sus hazañas, produce el horrible efecto que á nuestros abuelos el de la invasión del cólera en 1833.

Aquel hombre odioso y odiado era un monstruo que propagaba el terror, encendiendo en deseos de venganza todos los corazones.

## IX

Los prisioneros mexicanos en Francia  
Diario de un desterrado

La tierra extraña, que tantos atractivos ofrece á los que viajan por recreo, por estudio ó por conveniencia, es odiosa y amarga para los que en ella viven proscritos y sin esperanza de tornar al suelo nativo.

Un desterrado á quien acompañan como abominable cortejo el olvido, la humillación y la miseria, sufre lo que sólo Dante podría pintar con vivos colores.

No hay pena comparable á la del ostracismo. Se puede prescindir de la vida en la patria cuando la juventud y la esperanza sonríen como dos magas engañosas delante de nuestros ojos; pero en la edad proveyta, en la vejez, la obligatoria ausencia de la tierra en que se ha nacido es el mayor de los dolores.

Los griegos, maestros de lo bello, presentían lo horrible, é imponían el ostracismo como el más grande de los castigos.



Yo he encontrado en medio del bullicioso París, en días en que esa admirada y admirable ciudad estaba radiante de esplendores, á un mexicano que entre nosotros se distinguió siempre por su valor, por su audacia, por sus energías viriles en el Gobierno y en el Parlamento, triste, abatido, icterico por la nostalgia, y sin que le sorprendiesen ni le distrajeran los mil encantos que á mí me tenían loco de ventura en la opulenta Babilonia de Europa.

Era hombre á quien todos temían aquí, cuando ejercía funciones de autoridad; manejaba las armas con maestría y no se le vió nunca arrojarse ante el peligro, y yo, al ir á visitarlo en su casa, en la hermosa Avenida de la Opera, al entrar la noche, cuando los focos eléctricos forman dos cintas luminosas que fascinan de una y otra acera, y todo es ruido, alegría y vida, le encontré asomado al balcón de su cuarto, con los codos apoyados en la balaustrada y la cabeza hundida entre las manos.

— ¿Está usted enfermo?

— Mucho, me respondió con los ojos llenos de lágrimas; á los sesenta años no se puede vivir lejos de la patria, de la familia y de los amigos; ahora me parecen desde aquí hermosas aquellas calles de nuestro México; he llegado á ver poéticos á nuestros indios de calzón remangado y calzados con «huaraches;» oigo en mi imagina-

ción, como una música sublime, los gritos del nevero, de las tamaleras, de las fruteras, del charamusquero, del que vende papa, de los de las cabezas calientes de horno, y, se lo confesaré á usted con toda confianza, ¿en qué cree usted que estaba pensando? En que daría lo que me pidieran por oír el grito de una patera.

— ¿De una patera?

— ¡Sí! Aquellas arpías, mitad brujas y mitad endriagos, que respiran miseria; que van desgredadas y sucias, mal vestidas, con repugnantes harapos, gritando por las silenciosas calles á las diez ó las once de la noche: «pato cocido, tortillas con chile», son para mí, en este momento, en esta hermosa avenida tan llena de luz, de lujo y de ruido, unas deidades que algo daría por verlas y algo más por escucharlas. Usted se reirá de esto, y es natural, es joven; le cautiva cada griseteta que encuentra al paso, cada escaparate que se ofrece á sus ojos, cada monumento, cada paseo, cada puente del Sena; lo comprendo y lo creo justo. Pero, amiguito, yo soy viejo; yo necesito mi clima, mi cielo, mis comodidades, mis cuadros, mis libros, mi recámara, el criado que me sirve desde hace años, el sillón en que se sentaba mi padre, los sitios en que jugué de niño, el suelo que defendí con mi sangre y con mi palabra; mi familia, mi mujer, que es superior á todas estas mujeres; mis hijos, á quienes



encuentro más interesantes é inteligentes que á todos los jóvenes y niños de París; mis bizcochos de la calle de Tacuba, mi fruta de Santa Clara, mis peras de San Angel, mis fresas de Mixcoac, mis léperos y... el hombre lloraba y no pudo seguir hablándome.

Yo le abracé conmovido, y le dije:

— Tiene usted razón; usted se ha impuesto un ostracismo voluntario, y hasta hoy, comprendo cómo es la nostalgia, el profundo mal de la patria.

\* \* \*

El ejército francés, al mando del general Forey, se encontró, al entrar victorioso en Puebla, con que todo el ejército mexicano, ya sin armas ni municiones, pues todas las había destruído, se le entregaba sin condiciones, sin solicitar clemencia, sin pedir ninguna garantía. Generales, jefes, oficiales, estaban á merced del vencedor, que podía matarlos á su antojo. Pero el valor heroico impone respeto, y Forey ensalzó á los vencidos, aplaudió su dignidad y su bravura, y temiendo á su patriotismo, les impuso condiciones para dejarlos en libertad completa.

Entre lo que se les exigía, era lo principal que no volvieran á tomar las armas contra los



Vista de Veracruz (Fot. de Briguet.)

franceses, y todos contestaron que sin demora volverían en cuanto pudieran al campo de batalla.

El general vencedor dispuso entonces deportar á Francia á tan peligrosos jefes y oficiales, y los mandó á Veracruz por el camino de Orizaba. En esa ciudad se fugaron muchos de ellos, y fueron á formar guerrillas ó á buscar el gobierno de Juárez; pero muchos quedaron sufriendo lo que no es decible, dada la ira que produjo la fuga de sus compañeros.

En Veracruz estaban anclados esperándolos, el vapor *Darien* y la fragata *Cérès*. En el



primero embarcaron á los generales y coroneles, con sus ayudantes. En la segunda á los tenientes coroneles, comandantes y oficiales subalternos.

La marcha desde Puebla á Veracruz estuvo llena de pormenores interesantes, y copio lo que á este respecto dice un antiguo teniente del Batallón permanente «Reforma» de San Luis Potosí, don Martín Corona, que fué deportado, y en una «Memoria íntima» relata lo que sigue:

«Dos días después de la rendición, los pocos habitantes que quedaron en la ciudad contemplaban, muchos con lágrimas en los ojos, desfilar entre los enemigos á los prisioneros mexicanos.

»Fuera de garita, un ayudante del Estado Mayor francés, en voz alta, nos dijo que íbamos á ser conducidos á Francia, pero que los que intentaran fugarse serían matados.

»En tan humilde forma, y sufriendo mil penalidades por el rigor que desplegaban nuestros guardianes, atravesamos pie á tierra la distancia que hay entre Puebla y el puerto de Veracruz.

»No me detendré en pormenorizar el bárbaro tratamiento de que fuimos objeto, concretándome únicamente á decir que, cuando por la escabrosidad del terreno, nos veíamos obligados á buscar el paso por las orillas del camino, éramos repelidos groseramente hacia el centro de

él; se nos impedía tomar un trago de agua, ó recibir algún pequeño comestible, que pretendían darnos los pobres indígenas moradores de aquellos contornos, movidos á compasión por el aspecto que ofrecíamos, de vencidos tratados cruelmente. Las jornadas eran cortas; pero, en cambio, se nos alojaba en corrales desprovistos de techumbre, y dormíamos sobre el lodo húmedo aún por las lluvias del mes de Mayo, que son tan frecuentes en nuestra zona.

»El contraste singular entre la dureza de nuestros vencedores y las cariñosas demostraciones de simpatía por parte de nuestros compatriotas, nos conmovía hondamente. Jamás olvidaré la entusiasta y patriótica recepción que nos hicieron las familias más distinguidas de Orizaba, Córdoba y Veracruz, cuyos rasgos más salientes consigno en estas humildes páginas, como un justo tributo de gratitud.

»En Córdoba permanecemos 9 ó 10 días, y durante ellos fuimos alimentados más de seiscientos prisioneros por las familias residentes en aquella ciudad, que se distribuyeron entre las principales el gasto y condimento de las vituallas.

»Al llegar á la Tejería tuvimos la grata sorpresa de que las familias más acomodadas del puerto de Veracruz nos esperaban para prodigarnos sus consuelos y agasajarnos con puros, cigarros y cuanto la imaginación les sugirió.



»En las primeras horas del día siguiente se nos trasladó en ferrocarril á la estación del citado puerto, en donde descendimos rumbo al muelle.

»Los habitantes de la Heroica, sin distinción de clases, sexos ni edad, se apiñaban en compacta multitud, invadiendo calles, balcones y azoteas, para darnos su tierna y conmovedora despedida, agitando pañuelos y sombreros.

»Dos embarcaciones de gran porte se mecían majestuosamente en las aguas de Veracruz: eran el *Darien* y la *Cérés*, que debían conducirnos á las costas de Francia. En la primera fueron alojados los generales y coroneles, y en la segunda, los restantes.

»El día del embarque, que fué el mismo en que arribamos al puerto, se nos dió una succulenta comida sobre cubierta, y en la tarde se nos repartieron unas cuantas hamacas, haciéndonos bajar en seguida, para encerrarnos bajo llave en unas galeras situadas á babor, resguardadas al interior por gruesas rejas de fierro, y al exterior por la cubierta del buque, guarnecida de distancia en distancia por pequeñas ventanas ó troneras que daban al mar.

»Desde aquel momento, las puertas de hierro de aquella ambulante prisión sólo se abrían para introducir los alimentos que se nos ministraban y que consistían en café negro, ron y galleta

picada, amarga y agorrojada, en el desayuno; caldo, jamón ó carne conservada en latas, unas veces, y otras chicharos ó habas guisadas, acompañado esto de un pedazo de pan negro, y un poco de vino para la comida; por cena, la misma ración del desayuno. Los viernes eran considerados allí como de vigilia ó ayuno, y la comida del medio día consistía en un pedazo de queso, otro de pan negro y un poco de vino tinto.

»Los alimentos que nos servían, condimentados en el buque, eran parte del rancho que tomaban los marineros; y en cuanto á las carnes conservadas, eran de tan difícil digestión, que muchos nos empachamos con ellas. En cuanto á la higiene y el aseo personal, concluyó para nosotros desde el momento del embarque, pues apiñados en aquellas galeras un número tan considerable de cuerpos humanos, teniendo por lecho las duras tablas y sin podernos desnudar; el sofocante calor de la chimenea de la máquina, la falta de baños y sin cambiarnos la ropa interior desde entonces, dió por resultado que nos empiojáramos tanto, que se vió precisado el comandante de la fragata á darnos jabón y preparar sobre cubierta unas cubetas de agua dulce y otras de agua salada, para que nosotros mismos laváramos nuestras ropas.

»Ya se comprenderá lo difícil que era esta operación para personas no acostumbradas á esa



faena, por una parte, y por otra, la falta de utensilios adecuados, y el constante vaivén de la embarcación por el movimiento de las olas. Yo lo intenté, aunque infructuosamente y quedando en peor situación que antes, pues lo único que conseguí fué la desconsoladora impresión de ver mi camisa empapada, sin encontrar medio de secarla. Algún compañero, de buena fe, ó con la intención de reirse á mi costa, me aconsejó y aun me proporcionó un pequeño cordel para que atara yo en una de sus extremidades la camisa, que debían lavar las olas, sujetando el otro extremo en alguna de las ventanas que caían al mar. Cuando retiré la cuerda, creyendo que la camisa estaría ya limpia, me encontré con sólo un pedazo de ella, porque probablemente los peces se habían llevado lo demás.

»La travesía fué muy dilatada, porque el comandante de la fragata, queriendo economizar combustible, mandaba izar las velas cuando el viento era favorable, y entonces la marcha era muy lenta. A esta circunstancia hay que agregar los contratiempos que tuvimos durante la travesía, y fué el primero en el Golfo de México, por haber encallado el buque en los arrecifes conocidos con el nombre de Los Alacranes, á causa de haberse dormido el cabo timonel.

»El segundo contratiempo fué más grave que el primero; al cabo de muchos días de navega-

ción, anclamos frente á las islas Bermudas, para hacer agua, y sin que hasta entonces hubiera habido ninguna alteración atmosférica; mas no acabábamos de salir de la bahía, cuando empezó á soplar un viento tenue al principio y que el comandante de la embarcación creyó propicio á la marcha, por lo que mandó izar las velas, que rápidamente se hincharon, porque repentinamente se desató un furioso huracán. En vista del terrible peligro que nos amenazaba, pues la embarcación, impulsada por las velas que estaban desplegadas, tan pronto ascendía sobre una inmensa mole de agua, como se precipitaba vertiginosamente al abismo, el comandante dió orden de arriar el velamen; los marineros lucharon desesperadamente sin lograrlo, hasta que la fuerza del viento abrió de arriba abajo la vela del palo mayor, lo que moderó mucho los movimientos del buque y permitió arriar las restantes.

»El aspecto que presentaba en esos momentos el mar y la embarcación eran imponentísimos: el primero con sus olas encrespadas que hacían dar tumbos á la segunda, en donde difícilmente se podía uno tener en pie, y sobre la cubierta de ésta, corriendo estrepitosamente en distintas direcciones, una cureña ó no sé qué objeto, que arrollaba cuanto encontraba á su paso, además del desorden en que yacían los cables de las



maniobras. Esta tempestad duró algunos días, aunque, por fortuna, disminuyendo insensiblemente, pero no sin haber causado grandes averías, pues el buque hacía agua por varias partes, que había que desalojar por medio de bombas absorbentes.

»Antes de continuar debo referir un hecho que honró mucho al señor general González Mendoza, cuartelmaestre nuestro, y fué el siguiente: al llegar á las Bermudas, supo que los prisioneros de la *Cérés* estábamos pésimamente alimentados, y dispuso que por su cuenta se nos diera diariamente, á cada uno, un plato de papas. Este mismo general, al anclar en el puerto francés Brest, en cuyas aguas fuimos transbordados á una embarcación de porte mayor, á todos los prisioneros nos dirigió una corta alocución, deplorando nuestra angustiosa situación, exhortándonos á ser pacientes en la adversidad, y ofreciéndonos su protección.

»Sin desembarcar, continuamos nuestra ruta hacia el puerto L'Orient, en donde desembarcamos sucesivamente, el primer día, los generales, con destino á Evreux; el segundo, los jefes, á Tours, y en los siguientes los oficiales subalternos, de cien en cien, y con destino á Blois, Bourges, Clermont-Ferrand y Moulins-sur-Allier.

»Antes de desembarcar se presentaron á bor-

do las autoridades militares del puerto para exigirnos, bajo nuestra firma, la obligación de seguir el derrotero que se nos indicara, y entregarnos en metálico el importe de la liquidación por el tiempo de la travesía.

»Armados de nuestros boletos de pasaje de segunda clase, los destinados á Moulins-sur-Allier, y libres por primera vez de nuestros inseparables guardianes, recorrimos casi alegres la distancia que separa ambas poblaciones, haciendo alto por poco tiempo, la noche de ese día, en la importante ciudad de Orleans, cuna de la célebre Juana de Arco.

»Al día siguiente, antes del medio día, llegamos á la capital del Departamento. En la estación nos esperaba el comandante militar acompañado de su Estado Mayor y miembros de la corporación municipal. El primero nos hizo saber que quedábamos prisioneros en aquella plaza, bajo nuestra palabra de honor, pudiendo salir de ella, sin licencia, hasta dos kilómetros, y con obligación de presentarnos cada tercer día en la Comandancia de la Gendarmería Imperial para firmar un rol en que constara nuestra presencia.

»Terminada la ceremonia de recepción se nos proveyó de cédulas para alojamiento, por tres días, en cuyo espacio de tiempo nos dedicaríamos á buscar los que pudiéramos ocupar á nues-



tras expensas, para quedar definitivamente instalados y en espera del desenlace.»

\* \* \*

El general José González Mendoza y sus ayudantes quedaron en París por disposición del ministro de Marina; los demás generales, con sus ayudantes, fueron á Evreux; los coroneles, tenientes coroneles y comandantes á Tours, y los capitanes tenientes y subtenientes se repartieron entre Blois, Bourges y Clermont-Ferrand.

Con escasísimos haberes, sin equipajes, pues casi todos se perdieron en la travesía, los deportados sufrieron angustias, desnudeces, hambre, humillaciones y enfermedades que les hacían insoportable la vida.

Vive aún en Morelia, para honor de la República, el valiente veterano de la Reforma, el general de división Epitacio Huerta, inspector general del benemérito ejército de Oriente y en jefe del cuerpo de oficiales prisioneros internados en Francia, y él escribió y publicó un folleto de noventa y dos páginas, intitulado: «Apuntes para servir á la Historia de los Defensores de Puebla, que fueron conducidos prisioneros á Francia», enriquecido con documentos auténticos.

En estas páginas, llenas de imparcialidad y de verdad, escritas con el severo y frío estilo que requiere un relato sencillo, se admira la resignación con que las almas fuertes soportan las



D. Epitacio Huerta

privaciones más amargas por no faltar á sus deberes con la patria; se lamenta la debilidad de muchos que se sometieron á las exigencias del Gobierno francés, y conmueve la generosidad del inolvidable general don Juan Prim, que abrió una subscripción para socorrer á los prisio-



neros, la cual produjo 29,790 reales de vellón, colectados entre el partido progresista.

Un mexicano inolvidable, de corazón lleno de nobleza, don Manuel Terreros, tuvo siempre su bolsillo abierto para socorrer á sus infortunados compatriotas.

El Gobierno de Napoleón III les exigió el juramento de no volver á tomar las armas contra el Imperio de Maximiliano. Prestar ese juramento era volver al país, con sueldo y consideraciones.

Negarse, era quedar en Francia, incluido en la lista de los mendigos, de los que ven amanecer sin haber tenido lecho en que dormir y sin esperanza de un pan para alimentarse.

En aquel horrible trance, ciento veintidós no se juramentaron, y en consecuencia sufrieron las más duras penalidades, sin abandonar la seguridad del triunfo después del martirio.

El eminente poeta y hombre de Estado don Miguel de los Santos Álvarez, en una carta dirigida al general Huerta en Octubre de 1864, en la cual se anunciaba que el señor Prim dirigiría una circular para colectar fondos, agrega:

«Yo creo que al fin y al cabo saldremos adelante con más ó menos trabajos, y que algún día, que no ha de ser muy lejano, los ahora emigrados y pobres, serán afortunados y vencedores en su hermoso país.

»Así sea, y, entretanto, ¡buena esperanza!»

Esta profecía se cumplió. Los generales Epitacio Huerta, Francisco Paz, Ignacio Mejía, Francisco Alatorre y Joaquín Colombres; los coroneles Luis Terán, Luis Legorreta, Amado C. Verumeu, Agustín Alcérreca, José Gregorio Patiño, Sebastián Hernández y C. Gagern; los tenientes coroneles Rafael Echenique y Hércules Savioli; los comandantes Alejandro Casarín, José Inclán, Carlos Noriega, José V. Altamirano y Rafael Huerta, y el teniente Esteban González Verástegui, volvieron al país con sus propios fondos.

El general Manuel F. Loera, entonces coronel, tuvo que buscar con su trabajo personal recursos para vivir en el destierro sin mancharse, y aceptaba faenas rudas y mal retribuí-



San Sebastián. — Castillo de la Mota



das; el general Francisco Z. Mena, entonces comandante, soportó con imperturbable resignación toda clase de sacrificios; el general José Montesinos, entonces coronel, se presentó, como en otro artículo lo he dicho, en unión de sus compañeros residentes en San Sebastián de Guipúzcoa á trabajar como albañiles en el castillo de la Mota; el general Pablo Rocha y Portú, entonces comandante y pagador, daba lecciones de contabilidad, y Casarín pintaba y vendía cuadros originales.

\* \* \*

Entre los principales beneméritos figura el entonces subteniente del primer batallón de Guanajuato, José María Obando, pues siendo muy joven rehusó por cuatro veces admitir las propuestas que le hicieron para volver á la patria; sufrió todo género de privaciones, llegando á dedicarse á las duras faenas de jornalero, pues trabajó en clase de peón en las obras que en el castillo de la Mota, de la plaza de San Sebastián, se estaban ejecutando en 1865.

Obando mereció los más grandes encomios del general Huerta, de Pérez Milicua, otro de los admirables en el destierro, de Montesinos y de sus más notables compañeros de infortunio.

Era muy joven y daba ejemplo de entereza y de patriotismo.

En el destierro murieron los tenientes coroneles Eduardo Delgado y Domingo Bernal; el comandante Rafael Ferniza; los capitanes Teodosio Lares, Juan L. Gallardo, Demetrio Rodríguez y Pedro Barrón, y los tenientes Pedro Reguero, N. Saucedo, Luis Campos, Francisco Cienfuegos y Luis G. del Villar.

La bandera de la patria abriga, como amorosa madre, las tumbas de aquellos proscritos que no volvieron á ver nunca nuestro diáfano cielo.

El general Huerta, ese valiente mutilado de Cocula, hizo cuanto estuvo á su alcance para mejorar la situación de sus compañeros, y conmueven las cartas en que muchos de ellos le expresaron su gratitud y su reconocimiento.

Los nombres de Manuel Terreros, en lugar prominente, pues dió más de tres mil pesos para socorrer á los desterrados; los de Pedro Rincón, M. Villamil, N. Asúnsolo, Joaquín Redo, N. Pacheco, Landa y Ramón Ceballos, merecen la gratitud de los buenos mexicanos, así como los del general Prim y Miguel de los Santos Álvarez, que reunieron en las suscripciones de la Junta Progresista, en Madrid, Gijón y San Sebastián, cerca de cinco mil pesos.

Todos los donativos se gastaron en la manutención y transporte de los prisioneros, y honra



al general Huerta la escrupulosidad con que dió cuenta de todo esto.

Muchas deudas de los desterrados no fueron reconocidas hasta que el general Porfirio Díaz subió al poder y mandó amortizarlas, acto que se le aplaudió en España con entusiasmo.

No he querido señalar los nombres de los que se juramentaron; algunos por debilidad punible, otros por miedo á la miseria ó por excesivo amor á la familia, se ofuscaron en aciagos días, sin calcular que en lo porvenir la patria ungiría con sus besos de madre las frentes limpias de sus mártires.

## X

**Entrada de Maximiliano en México. — Entusiasta recepción. — Juárez y Castelar.**

En un balcón de la calle de San Francisco, al lado de Juan Cordero, hoy abogado, poeta, literato y autor de conocidos y comentados estudios sobre la música, presencié el domingo 21 de Junio de 1864 la solemne entrada de Maximiliano y Carlota en la ciudad de México.

Juan Cordero tendría entonces la misma edad que yo, más ó menos doce años; así es que estábamos embobados con el espectáculo y sin que todavía pudiéramos dar una opinión sobre la conveniencia, importancia y trascendencia de aquel memorable suceso.

Ya he dicho á los que no lo saben, y éstos han de ser muy pocos, que mi familia era conservadora y monárquica (yo fui la excepción en mi linaje, por liberal y republicano), y en consecuencia, aquellos días que á mis ojos pasaban con su ruido y sus fiestas, como los actos de una grandiosa comedia de magia, han de haber sido de satisfacción para mi casa.